

Domingo IV de Pascua Ciclo B



21 de abril de 2024

Hech 4, 8-12

Sal 117

1Jn 3,1-2

Jn 10, 11-18

P. Eduardo Suanzes, msps

Dicen que, para ser buen maestro, hay que ser antes buen discípulo. Jesús, buen Pastor, aprendió a serlo siendo buen hijo, buen discípulo, buen compañero, buen amigo. Por eso es el buen Pastor y cuando se nos presenta como tal, es porque ha pasado por una serie de aprendizajes que lo han ido preparando para serlo. Es interesante notar que Jesús no dice que es **un** buen pastor; dice que él es **el Buen Pastor**, es decir, el auténtico, el verdadero, el único.

¿Y qué es lo que hace un pastor? Él nos da tres razones para ello.

La primera. Todo pastor pastorea, es decir, lleva a las ovejas a pastos; pero eso también lo puede hacer un pastor que sea un asalariado y que las ovejas no sean suyas. Jesús dice que las ovejas que él pastorea son suyas, de su propiedad. Pero es que además uno puede tener ovejas en posesión y no importarles en lo más mínimo como tales, solo lo necesario para que le den lana, carne...Es decir que sea un tener ovejas por utilidad comercial o vital. Sin embargo, Jesús dice que él ama a sus ovejas, que se interesa por ellas, **porque por ellas da la vida. Y la da porque quiere: nadie se la quita.** Nos está diciendo Jesús que vive en función de sus ovejas, deseoso de entregar la vida por ellas y no al revés. Y está dispuesto a exponer su vida por librarlas de los ataques de lobo. ¿Qué pastor de la vida por su oveja? Ninguno: la desproporción de la vida del pastor con la de la oveja es enorme, tanto que sería una locura dar la vida por ella. Pero Jesús elimina la desproporción y se da a ellas y por ellas hasta sus últimas consecuencias, hasta la muerte.

La segunda. Así que Jesús es buen Pastor porque da la vida por las ovejas, **pero también porque** —dice— **las conoce.** Un pastor cualquiera puede conocer a sus ovejas porque una bale más fuerte que otra, porque sea más grande que otra, porque la oreja de una es distinta de la de otra...Es decir, el pastor conoce a sus ovejas por elementos externos, circunstanciales, distintivos morfológicos, tal vez. Pero Jesús conoce a las suyas de una manera que para nosotros es imposible ni siquiera imaginar. La intimidad que se produce entre él y los que son suyos es de tal calibre que para explicarla la asimila a la intimidad a la que él tiene con el Padre. Dice que él nos conoce a cada uno personalmente como el Padre le conoce a él. Y además dice que los suyos le conocen como Él conoce al Padre. Y aquí ya nos metemos en un terreno inexplorado, porque apenas somos capaces de balbucear qué significa esto para Jesús, para el Padre.

Para intentar balbucear un poco y profundizar en esto, lo primero que me viene a la mente, y que es verdad sin lugar a dudas, es que Dios se conoce a Sí mismo con amor infinito. Tanto, que ese amor es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Por lo que Jesús me está diciendo que me ama de la misma manera: con el Espíritu Santo, porque es el buen Pastor;

y que yo soy llamado a amarle a Él con el mismo amor con que Él me ama: con el Espíritu Santo. Es decir que el misterio de la Trinidad se hace vivo y presente en los seguidores de Jesús. Hasta tal punto Jesús es buen Pastor que su misma vida, la que circula por sus venas, por su corazón, por su alma, la misma, es la que está en los que somos suyos.

Por otro lado, lo que sí sabemos es que más adelante dirá Jesús: «*En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, Padre, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*»¹. Lo que sí sabemos, pues, es que ese conocimiento del Padre, que es el Viviente, nos da la vida, una vida aquí, ya, que no hay que esperarla solo en el más allá porque se da aquí, en el “más acá”. La vida del seguidor de Jesús consiste en adentrarse en ese camino del conocimiento del Padre. Y este conocimiento de Jesús con sus ovejas, esta intimidad que tiene con cada uno de nosotros, se produce desde la entrega («*yo doy la vida por mis ovejas*») y la entrega implica, a su vez, posesión, como el Padre se entrega al Hijo y el Hijo al Padre. Da como vértigo. Pero de ese calibre es la unión íntima que tiene Jesús con cada uno de nosotros.

Como esta intimidad, este conocimiento se produce desde la entrega, quiere decir que entraremos cada más en esa intimidad en la medida de nuestra entrega. Por eso se trata de un camino: el ser cada vez más de Jesús. Un camino que no se acaba ni siquiera en la eternidad. Y esta, creo yo, es la clave del amor y respeto que debemos tener unos por otros en la comunidad: porque en nosotros habita la entrega misma de Dios. Cuando no actuamos desde esta misma vida de Jesús que habita en nosotros, dejamos de ser los que somos para convertirnos en seres extraños, alienígenas, como si fuéramos de otro mundo, que solo se entregan a sí mismos para sí mismos, que es justamente lo contrario de lo que hace Dios en nosotros mismos: él se entrega totalmente y sin medida a cada uno de nosotros. Por eso es Jesús «el» Buen Pastor que entrega su vida por sus ovejas. El amor del Padre sobre el mundo es desbordante pues no dudó en entregar a la muerte a su propio Hijo.

La tercera. Pero Jesús también es el buen Pastor **porque va en busca de los que no quieren ser de él** y de los que explícitamente le niegan o de los que son de otro redil para que el rebaño sea solo uno. Él, como ya dijo en otra parábola, va en busca de la oveja que se aparta del redil dejando a las demás para dedicarse con intensidad solo a ella. Y Cuando la encuentra no hay alegría en él más grande que llevarla sobre sus hombros, consolando y curando las heridas de aquella que se fue.

Finalmente dice: «*doy mi vida para volverla a tomar*». Jesús se entrega él mismo y así se recobra, porque darse uno mismo significa adquirir la plenitud del propio ser. En lugar de perderse, de aniquilarse, se recobra con su plena identidad, la de hijo de Dios: dándose a sí mismo participa del dinamismo del Padre y de esta manera realiza su condición de hijo. Y aquí está la indicación para nosotros mismos: en el momento que nos damos como Jesús nos recuperamos a nosotros mismos, es decir, nuestra propia identidad, quienes realmente somos.

¹ Jn 17,3